

# Un medallón para Osiris





Carlos Schlaen

Un medallón para Osiris  
*Ilustraciones del autor*





# Capítulo 1

Sabía que si cruzaba esa puerta ya nunca nada sería igual. Sin embargo, ahí estaba. Frente a la puerta más vieja de ese pasaje desconocido de Palermo, a las seis de la tarde. La voz grabada en el contestador había sido muy precisa con la hora.

La más reciente de esas casas no tendría menos de cien años y la calle, que parecía extraída de una estampa colonial, era muy angosta y estaba desierta. No me hubiera sorprendido ver, sobre su empedrado, el carro de un aguatero tirado por bueyes.

La puerta carecía de timbre —no podía ser de otro modo— así que le di varios golpes con el puño. La atmósfera sin ruidos del pasado se estremeció y, por alguna razón, tuve la extraña sensación de que, con ese acto, había ejecutado un enigmático conjuro ceremonial. Como si esos golpes hubiesen quebrado el secreto de un hechizo, convocando a multitudes de espectros y fantasmas.

Pero nada de eso sucedió y todo volvió en seguida a la paz adormecida y silenciosa de la eternidad. O el

hechizo era muy fuerte o mi imaginación estaba en uno de sus días más exuberantes.

Después de varios segundos interminables escuché unos pasos que se acercaban, arrastrándose lentamente, desde el fondo del caserón. La puerta se abrió con horribles crujidos que amenazaron destrozarla y un anciano, muy pálido, vestido de negro, apareció en el vano. Era el momento de huir, pensé, y de volver a mi vida ordenada de la Universidad, de mis libros y, sobre todo, de mis calles con timbres en las puertas. Pero en lugar de ello, dije:

—Buenas tardes. Soy...

—Sí. Ya sé, de la agencia —me interrumpió la voz grave del anciano—. No viene mucha gente por aquí últimamente. Pase.

Me tendió una mano descarnada y fría tras lo cual dio media vuelta y se dirigió hacia el interior, arrastrando los pies, haciendo el mismo ruido que antes, pero al revés.

Lo seguí y, al traspasar la puerta, una vigorosa oleada de aire espeso me sacudió. Era un aire pegajoso, cargado de fragancias maceradas por generaciones de malvones marchitos, jazmines pretéritos, glicinas tardías y otras variedades desconocidas para mi nariz urbana.

Estaba en lo que alguna vez había sido un enorme jardín. Calculé que nadie se ocupaba de él hacía mucho tiempo. Veinte meses o noventa años, daba lo mismo. Cubría el frente del terreno y uno de sus lados hasta el fondo, supuse, porque la vegetación era tan densa que no permitía ver más allá de unos centímetros. Después, todo era sombra



verde de enredaderas, arbustos y árboles, sin contar los posibles géneros vegetales que mi escasa ilustración botánica me impedía reconocer. La selva tropical en plena ciudad. Por un momento sentí que había algo ominoso en esa espesura. Quizás debido a la forma en que se abalanzaba sobre el estrecho pasadizo formado por la madre selva que recorríamos, como si quisiera hacerlo desaparecer... con nosotros adentro. O quizás era mi imaginación que, de nuevo, evidenciaba insospechados niveles de actividad.

Al fin llegamos a la casa, oculta por completo bajo el peso de una robusta hiedra. Entramos a una sala en la que reinaban la oscuridad y un calor sofocante. Otra vez fue mi olfato el que me brindó las primeras sensaciones del lugar en que me hallaba. Para entonces había adquirido cierta experiencia y movía la cabeza orientando mi nariz en las tinieblas, igual que los perros, en la búsqueda de aromas reconocibles. Una mezcla de canela, naftalina, tabaco y humedad ancestral no me dijo nada, hasta que mis ojos fueron acostumbrándose a la penumbra. Después de todo mi experiencia canina era demasiado reciente. La habitación era un estudio, con muebles antiguos, grandes y también oscuros. Muy diferente a los estudios que conocía. Muy parecido a lo que debía haber sido un despacho del siglo pasado.

El anciano se sentó tras un enorme escritorio vacío y me indicó con un gesto una silla frente a él.

—Esperaba al señor José Zack —dijo.

—Yo soy Jose Zack. Jose, sin acento —respondí acostumbrada a las confusiones que ocasiona mi nombre.

—¿Usted? —se asombró— ¡Pero usted es... una mujer! —agregó como si estuviera haciéndome un revelación extraordinaria.

Obviamente su descubrimiento no me sorprendió, así que lo miré con la expresión que se pone cuando alguien dice una estupidez por el estilo. El hombre acusó recibo y sacó una revista del cajón del escritorio.

—Es que el aviso dice: AGENCIA DE DETECTIVES “OSIRIS” DE JOSE ZACK —dijo.

El aviso tenía varias décadas. De hecho eran los anuncios que solía publicar en esa época mi padre, que sí se llama José, pero estaba escrito en mayúsculas y el acento no constaba. Decidí omitir las explicaciones y seguí mirándolo en silencio.

Tras dudar unos instantes pareció tomar una decisión.

—Bien. El asunto es muy simple.

—¿De qué se trata? —pregunté con cara de “todos los asuntos son simples para mí”, pero temiendo que fuera demasiado para mi experiencia, limitada a la lectura de los archivos de mi padre.

—Necesito que haga un viaje y me traiga un pequeño paquete —dijo.

—¿Adónde?

—A Nueva York.



La sola mención de esa ciudad bastó para borrar los reparos que tenía para seguir adelante con esta aventura

que había empezado como un juego. Nueva York siempre provocaba en mí una fascinación irresistible y nunca dejé de soñar con conocerla. Y ahora, de repente, se me presentaba una oportunidad más inesperada que un regalo de Reyes en julio. Por otra parte, me quise convencer, la tarea era, en efecto, muy simple. Buscar un paquete.

Esa palabra, sin embargo, hizo sonar una alarma en medio de mi desbordado entusiasmo. Los diarios estaban llenos de historia de ingenuos y no tan ingenuos que caen por trasladar “paquetes”.

—Si es tan simple. ¿Por qué no viaja usted? —pregunté.

—Mi salud... Los médicos me lo han prohibido.

A juzgar por su aspecto, la explicación sonaba razonable, pero la palabra “paquete” seguía sin gustarme. Tenía connotaciones tramposas, despertaba sospechas, amenazaba con cárceles oscuras y carceleros siniestros.

El hombre pareció darse cuenta y dijo:

—No es nada irregular. Usted podrá verlo cuando se lo entreguen. Es un medallón, un pequeño relicario. Es de plata, muy humilde. Ni siquiera tiene el valor de una joya...

El anciano pareció envejecer aún más. Luego de unos segundos, indefenso, bajó su cabeza y empezó a hablar con una voz que apenas se escuchaba en la atmósfera irreal de esa habitación. Las oraciones se entrecortaban, como si le costara pronunciar cada palabra, como si estuviera haciendo una confesión largamente contenida.

—El medallón tiene el retrato... de una dama... Su familia me lo arrebató hace muchos años... Era el único recuerdo que tenía de ella... Ellos siempre se opusieron... No me querían... Ahora que tengo la posibilidad de recuperarlo no puedo subir a un avión, por eso se lo estoy pidiendo... Exigen que su entrega sea personal.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Sus herederos. Ella... ya no está... —dijo con dolor.

—¿Por qué aceptaron devolvérselo ahora?

El anciano levantó su cabeza y sonrió con tristeza al contestarme:

—Por dinero. Mucho dinero. Ya se los envié. —Y agregó con inocultable ansiedad—. ¿Va a ocuparse...?

Apenada por el interrogatorio al que lo había sometido, respondí de inmediato:

—Está bien.

El alivio iluminó su rostro y comenzó a moverse con una vitalidad inesperada. Daba la sensación de haberse sacado veinte años de encima. Buscó un sobre en uno de los cajones del escritorio y me lo entregó.

—Aquí tiene el pasaje y el dinero para gastos. A su regreso le pagaré los honorarios. ¿Está de acuerdo?

Abrí el sobre. Además del pasaje, había tres mil dólares.

—Se alojará en el Hotel Plaza. Ya está hecha la reserva. Ellos se comunicarán con usted el lunes —dijo mientras se levantaba de su butaca—. Tendrá que partir mañana.

Mañana era sábado. Eso me dejaba un día completo para recorrer la ciudad. La fecha de regreso que

figuraba en el boleto era para el lunes a la noche. No era demasiado, pero un día en Nueva York era mucho más de lo que había esperado antes de llegar a esa casa.

Cuando me acompañaba hasta la puerta, pude observarlo con más cuidado y reparé en la ropa que llevaba puesta. Era muy extraña, jamás había visto a nadie vestido así. Lo más llamativo era su abrigo, una especie de levita larga y cerrada hasta el cuello a pesar del calor que hacía. Aunque él parecía no sentirlo, como si el aire húmedo y cálido del verano no pudiera tocarlo.

Al llegar a la puerta nos detuvimos.

—Todavía no me dijo su nombre.

—Tiene razón. Céspedes, me llamo Oliverio Céspedes.

Nos despedimos y otra vez me impresionó el frío helado de su mano.

Me alejé con rapidez. Pese a la excitación que sentía por haber obtenido mi primer caso, había algo sobrecogedor en aquel pasaje que no dejaba de atormentarme. En cierto momento tuve la certeza de no estar sola, como si alguien me estuviese observando. Giré la cabeza, pero no pude ver a nadie. El lugar seguía desierto, durmiendo su sueño de cuando era aldea. Serían ideas mías. Decidí dejar los recelos de lado e ignorar por completo las advertencias de mi imaginación, que para entonces estaba absolutamente descontrolada, y me concentré en el caso. Tenía mucho que hacer.

Al salir del pasaje me reencontré con la ciudad que conocía y todo volvió a la normalidad. Tomé un taxi y me fui a la oficina de mi padre. Mi oficina, desde ahora.



La Agencia de Detectives Osiris, fundada por mi padre en su juventud, llegó a gozar de una discreta celebridad en sus buenas épocas, pero desde hacía varios años estaba inactiva. Cansado de la ciudad, compró una pequeña chacra en Mendoza y se retiró a vivir en medio de las montañas con mi madre. Su profesión y el recuerdo que tengo de ella jamás dejaron de ejercer una poderosa seducción en mí. Seguí usando su oficina para estudiar, acompañada por sus archivos, que conozco casi de memoria y jugando, de tanto en tanto, con la idea de convertirme en detective privada. Siempre había creído que se trataba de eso nada más. Un juego de ficciones. Esos sueños que tenemos cuando no estamos del todo satisfechos con la vida que llevamos. En mi caso: los estudios, la rutina quebrada con la aparición de algún novio y la sensación de que cada día es igual al anterior y que así seguirán a menos que hagamos algo heroico. Por lo general nunca lo hacemos. Al menos yo nunca pensé que lo haría, hasta esa mañana. La llamada de Oliverio fue la chispa que disparó el irresistible impulso de volver realidad aquellas fantasías.

Y ahí estaba, buscando en un cajón del escritorio mi pasaporte para volar a Nueva York.

Osiris estaba renaciendo del olvido. Como el ave Fénix de las cenizas, exageré un poco.

A propósito de mi padre, resolví que le informaría al concluir el caso.